

JANET GAYNOR.

AÑO I. — N.o 2

EL DIA

EDICION EN HUECOGRABADO

Octubre 9/1932

MONTEVIDEO

NOTAS DEL CINE



PEGGY SHANNON

PELICULAS ESTRENADAS

Un caballero de Frac Esta producción de la Paramount fué estrenada en el Cine Ariel el 23 de setiembre. Interpretada por actores hispanoamericanos, realizada en los estudios de Joanville y totalmente hablada en español, "Un caballero de frac" fué acogida fríamente por el público en razón de ser una película que no acusa ningún valor técnico ni artístico. Los personajes principales están a cargo de Gloria Guzmán y Roberto Rey.

* * *

¡A sus órdenes Princesa! La audi-exhibición de esta magnífica película, filmada por la U. F. A. se realizó el 24 de setiembre en el Rex Theatre. Hablada y cantada en francés y con una música fácil y pegadiza, la producción dada a conocer por Glucksmann obtuvo un amplio éxito. "¡A sus órdenes Princesa!" — que pertenece al género de operetas cinematográficas — tiene como primeros intérpretes a Lilian Harvey y Henry Garat, dos de los astros que mejor se cotizan hoy en los estudios europeos.

* * *

Madame Satán La Casa Glucksmann dió a conocer este film el miércoles 28 en el Rex Theatre, realizada por la Metro Goldwyn Mayer bajo la experta dirección de Cecil B. De Mille, Madame Satán agrada y sorprende más que por el asunto que desarrolla, — en exceso trillado — por su fastuosa presentación, por la riqueza de sus vestuarios, por el extraordinario lujo de las decoraciones y por la forma inobjetable con que han sido hechos los trucos fotográficos. En Madame Satán intervienen cuatro figuras de gran cartel: Kay Jhonson, Reginald Denny, Roland Young y Lilliam Roth.

* * *

El fiscal de Estado Los estudios de Warner Bros fueron los productores de esta excelente película parlante en inglés estrenada por la casa Glucksmann en el Rex Theatre el 1.o de octubre. Caracterizan los papeles de mayor responsabilidad John Barrymore y Helen Twelvetrees. El film, que es de valorable factura, refleja el caso de un abogado que se inicia con la defensa de los delincuentes de peor calaña y que ayudado por estos — que suponen que al llevarlo a ese cargo tendrán en él un util amigo — llega a escalar la envidiable posición de Fiscal de Estado. Pero en sus nuevas funciones el ex defensor de bandidos resulta un magistrado insobornable y severísimo, e imposible de burlar por conocer al dedillo las tretas que usan aquellos para engañar a la justicia. En el asunto, que sin ser novedoso es bien entretenido, se teje una bonita y romántica situación amorosa que da más de un motivo de lucimiento a John Barrymore y Helen Twelvetrees.

* * *

Fantomas Muy pocos felices estuvieron los estudios Gaumont en la filmación de Fantomas, burdo y truculento novelón policial estrenado hace algunos días en el Cine Ariel.

Mucho viento, muchas muertes e ilimitado número de tonterías, son las características más sobresalientes de esta película parlante en francés.

En la dirección de "Fantomas" hay olvidos que no resistimos la tentación de referirlos: existe — por ejemplo — una escena con la que se pretende dar una tremenda sensación de terror. Es de noche. El viento silba furiosamente. El viejo castillo parece estar a punto de ser destruído por el huracán. De pronto se oye, afuera, un grito de horror y de espanto que intimida y conmueve a los ocupantes del viejo y señorial edificio. Salen todos en patota a observar que es lo que ocurre. Y como en el exterior del vetusto castillo no hay otra iluminación que la que proporcionan los relámpagos resuelven alumbrarse con llamitas de velas. Y son tan extraordinarias estas velas que siguen encendidas, pese a la furia del temporal.

Como intérpretes figuran T. Fedor, T. Bourdelle, A. Elter, G. Rigand y J. Wormos.



Una bella escena de la película "El Fiscal del Estado", en la que aparecen los renombrados astros John Barrymore, Helen Tweltetress y Mary Duncan

EXHIBICIONES CINESCAS DE LA SEMANA

Gongorila Los esposos Johnson, famosos exploradores de las selvas africanas, fueron quienes filmaron esta película entregándola luego a la Fox para ser distribuída. En "Gongorila" se desvelan los misterios que encierran las selvas del continente negro y muchas de sus escenas ponen de manifiesto la temeridad de quienes apresaron en el celuloide las manifestaciones más bravías de las fieras africanas. Este film fué estrenado el miércoles en el Rex Theatre.

* * *

Malvada Ayer se estrenó en el Rex Theatre la producción de Fox, titulada "Malvada". Se trata de un intenso drama en el que tienen intervención principal las conocidas figuras Elisa Landi y Victor Mc Laglen. Pese a que el asunto que desarrolla ha sido muy gastado en las producciones cinescas, "Malvada" tiene escenas interesantes.

* * *

El Hombre y El Monstruo El último viernes se hizo conocer en el Cine Ariel "El Hombre y el Monstruo", film parlante en inglés, producido por los estudios de la Paramount. Esta película está inspirada en la célebre obra de Robert L. Stevenson, y en la que se sostiene el desdoblamiento de la personalidad humana, es decir, que cada individuo tiene dos aspectos: uno propicio al bien y otro inclinado al mal. El argumento gira alrededor de tan interesante tópico y de las investigaciones que realiza un joven hombre de ciencia para encontrar una substancia química capaz de separarlos, tanto anatómica como psicologicamente. Los personajes de mayor responsabilidad fueron confiados a F. March, M. Hopkins, R. Hobart y H. Herbert.

FILMS A ESTRENARSE

MIERCOLES 12: Rex Theatre: "Armas prohibidas", producción de Metro Goldwyn Mayer con John Mack Brown, Wallace Beery y Karl Dane. Su argumento está basado en una leyenda del Far West.

* * *

SABADO 15: Rex Theatre: "Hotel Atlantic". Película U. F. A. y hablada en francés, con Kate de M. y J. Murat, de intérpretes.



Original fotografia de una mona y su hija, obtenida por el explorador Johnson, realizador del film Congorila

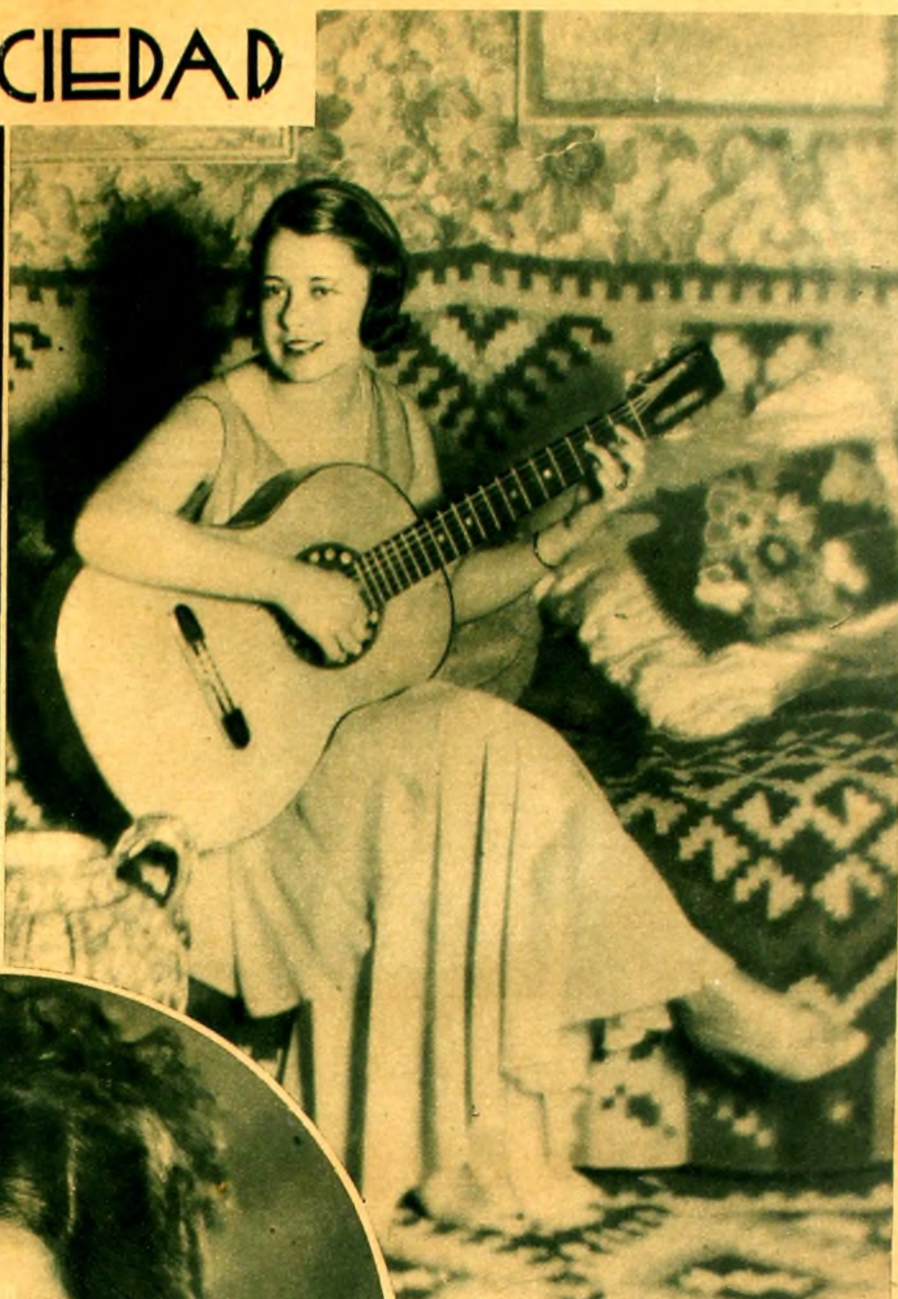
De Sociedad



Señorita

Mercedes Gutiérrez Haedo

Foto-Grafía FRANGELLA



Señorita

Martha Núñez Viera

Foto-Grafía YAROVOFF



Señorita ↑

Raquel Sanguinetti García Lagos

Foto-Grafía YAROVOFF



Señorita

Sofía Reyes Ríos

Foto-Grafía FRANGELLA

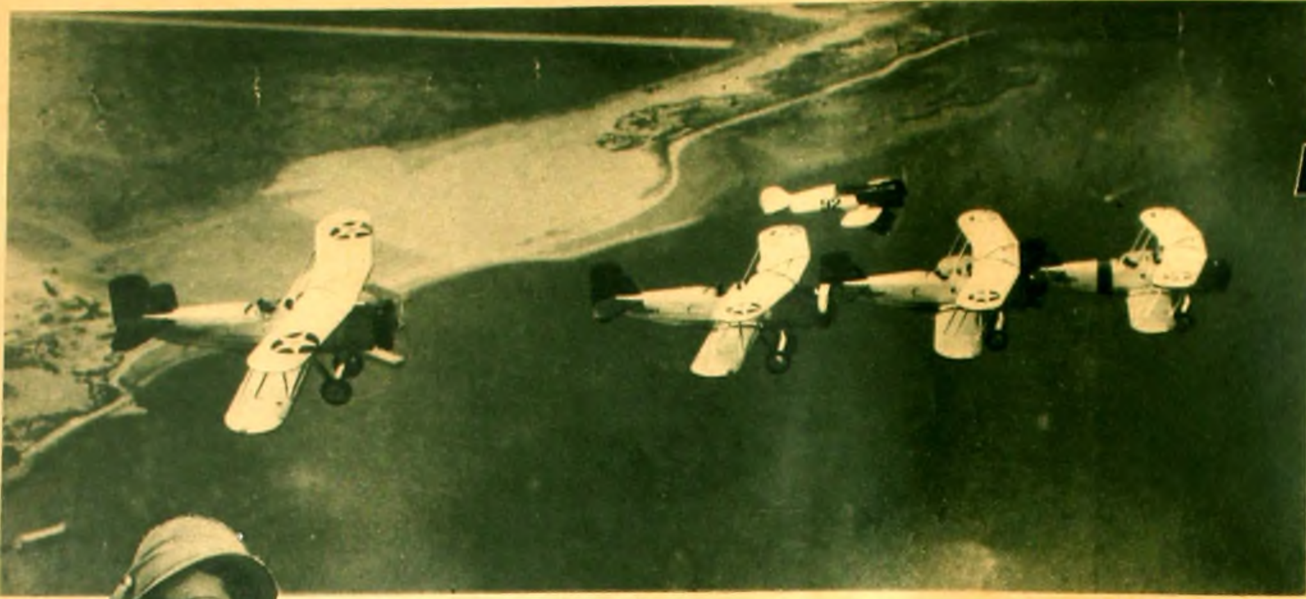


Señorita

Margarita Méndez Gomensoro

Foto-Grafía FRANGELLA

NOTAS EXTRANJERAS



EL MAS VELOZ DE LOS AVIADORES AMERICANOS, PARTE PARA CLEVELAND A PRESENCIAR LAS CARRERAS

La fotografía tomada desde el aire, muestra a James G. Haizlip, ganador del trofeo de la carrera de Mendix, de la costa del Pacífico a Nueva York, dejando el aeropuerto de Bennet Floyd, acompañado por una formación de Nevy Hell Divers en dirección a Cleveland. Su aparato es el marcado con el N.o 92 que se ve al fondo





CARRERA DE TORTUGAS

En el antiguo Méjico, cuando los señores disponían de tiempo, solían distraerse con carreras de pequeñas tortugas, apostando por sus favoritas, considerándose ganadora a la que primero llegara a una línea determinada. En la calle Olvera, de Los Angeles, antigua línea comarcal, los mejicanos aún se entretienen en este deporte, único en su clase

← FAY WEBB, fué repudiada por su esposo RUDY VALLEE, aduciendo que tenía ascendencia de raza amarilla, entablando por ese motivo demanda de divorcio. FAY WEBB, para demostrar lo inexacto de la afirmación se desnudó ante el jurado del tribunal de Reno. La fotografía la muestra sonriente, saliendo del escritorio de su abogado en Nueva York

DESPUES DEL VUELO A — LA ESTRATOSFERA —

El profesor Piccard, charlando con oficiales italianos en Desenzano, antes de partir para Zurich, Suiza, iniciando su elevación a la estratosfera →





GRETA RUBIO

Declarada Miss Méjico, en la parada organizada para celebrar el 151 aniversario de Los Angeles



Durante la regata en canoa por el campeonato del Noroeste del Pacífico, en el lago Harrison. Al remontarse saliendo del plano inclinado, su máquina se fué a pique. Puede verse en la fotografía el motor cayendo al agua

ACTUALIDADES POLITICAS MUNDIALES



ENTREGANDO SUS CREDENCIALES
El general Nobuyoshi (a la derecha), entregando sus credenciales de embajador japonés en el nuevo Estado de Manchuria al señor Yamoaka (a la izquierda), gobernador general de Kwantung



EL NUEVO PRESIDENTE DE MEJICO TOMANDO POSESION DE SU CARGO
Ante todos los miembros del Congreso, el general Abelardo Rodriguez, nuevo presidente de Méjico, presta el juramento de estilo al tomar posesión de su cargo



LOS LIDERS DEL NUEVO REICHSTAG: Los liders del Reichstag, después de su reciente elección, abriendo la nueva legislatura alemana. De izquierda a derecha: Esser, vicepresidente, del Partido Católico; Herman Goering, presidente del Partido Socialista alemán, y Rauch, tercer vicepresidente, del Partido Popular bávaro

RAMSAY MAC DONALD, primer ministro inglés, (fotografía tomada en su reciente visita a Balmoral



POR PRIMERA VEZ PRESIDIO UNA MUJER
Por primera vez en la historia, el Reichstag de Berlín, fué presidido por una mujer. En la presente nota se ve a Clara Zetkin, de 75 años de edad, diputado comunista, presidiendo una sesión del Reichstag, en cuyo transcurso los "nazis" provocaron un escándalo que hubo de ser reprimido por la policía en una verdadera batalla campal



Los niños y los viejos que no tienen familia, han encontrado un hogar

Por Nebio Caporale Scelta

La caridad ha subvertido los sentimientos de la solidaridad humana. Cada vez que un mendigo extiende su mano en actitud de súplica, sentimos el remordimiento de quien ve arrastrarse a sus pies, una víctima que todos hemos contribuido a hundir en la desolada miseria del alma y del cuerpo. Los labios que se estremecen en el ruego de todas las horas, debieran gritarnos la imprecación de su destino condenado a despeñarse como una cosa informe por ese abismo donde la dignidad del ser humano es, apenas, un eco lastimero perdiéndose entre las voces ásperas del mundo, que rueda como un autómata indiferente a su más honda e inmediata tragedia.

Por eso, la caridad que responde al prejuicio y a la vanidad, es siempre una caridad que subleva. Por eso, los pobres, los desvalidos, los abandonados, viven otro drama más sombrío que el de la propia miseria: el drama de saberse aislados de la humanidad, como si sus necesidades angustiosas amenazaran turbar la fiesta epicureista de los poderosos y de los felices. Por eso, cada estómago que desfallece y cada corazón que sangra, podrían decir las estrofas de un terrible himno revolucionario que sólo son capaces de escribir los miserables a quienes la sociedad, lejos de amparar con ternura y amor, denigra con el expediente vergonzoso de una limosna reglamentada.

Y hemos querido, precisamente, señalar el contraste que ofrece la obra del Estado. Una obra donde se confunden, como en una esperanza las inquietudes, los más puros sentimientos humanos: la Casa del Niño... la Casa del Viejo...

Había que destruir el concepto generalizado por la práctica de viejos sistemas. Para proteger la incapacidad física de los niños y de los ancianos, podía y debía organizarse algo más humano, más noble, y, sobre todo, más honesto, que la caridad con "debe" y "haber". Era preciso realizar el Bien, (dentro de nuestra resignada imperfección, todavía logramos, de tanto en tanto, organizar alguna virtud...), pero sin abofetear con la generosidad, que es inaplazable justicia social, al individuo en desgracia, y sin descubrir al niño abandonado, el panorama de su incierto destino. En suma, hacía falta comprender y **sentir** un problema que sólo es posible resolver viviendo sin orgullos en el Bien, y perdonando sin petulancias el Mal que pudo ser, acaso, un Bien más digno que el otro.

El Estado va llenando esa función regeneradora. Lo decimos con la misma emoción sin artificios con que los niños y los viejos van trazando la primera y la última parábola de sus vidas ahora cercadas por el afecto y la comprensión de sus semejantes. Los contornos sombríos se han borrado. Las disciplinas no existen. El cielo, el mismo cielo, parece de un azul más diáfano. Ya no son los "asilos" de apariencia sombría y de funcionamiento mecánico. Ahora los niños y los ancianos que perdieron su hogar, que acaso no tuvieron jamás un hogar, viven en dos casas que tienen para ellos todas esas vibraciones sutiles, íntimas, conque se forma la unánime armonía de la familia. Dos casas enormes, alegres, donde la cordialidad y la tolerancia velan con amor de padres, de hermanos o de hijos...

La Casa de los Niños

Dijérase, mejor, la madre de los niños...Una madre cuyo regazo, siempre tibio, es como la primera ilusión candorosa de todos los hijos. Fuimos, para sentir la emoción del espectáculo. Quizá para que el alma, estirado su cordaje por las clavijas feroces de la vida, pudiera nuevamente dar la música de una fina nostalgia, como esos instrumentos que de pronto sacamos de un mueble olvidado para que nos den la melodía de un buen recuerdo.

Los niños, cabecitas sin otros sueños que los de la almohada, corrían por los senderos del jardín con la despreocupación feliz de los pájaros. Como pájaros trinaban su optimismo. Pájaros sin la amenaza de la jaula que rompe la línea sutil del vuelo. Y hasta advertimos, observando como uno de aquellos cuerpecitos nerviosos se revolvía buscando la perfección de un juego que creara su imaginación, que bajo aquella apariencia frágil de jilgueros, ocultaban el temple superior y la facultad laboriosa del hornero...

Junto a ellos, confundiendo sus voces, y sus risas con la alegría desorbitada de los pequeños, esas mujeres, síntesis de toda pureza y de toda bondad, que van cumpliendo su misión de madres espirituales sin una queja ni una fatiga. Diligentes comprensivas, benévolas. Siempre con una sonrisa que las ilumina...

Solo así es posible evitar que el niño, cuando su instinto de percepción empieza a despertar, descubra la realidad de su condición. Unicamente despojando al bien de toda fórmula y de la influencia de torpes prejuicios, seremos dignos de realizar el bien. Tengamos fé en la acción del Hogar, y esforcémonos para que esta alegría del niño, abierta a todos los panoramas como la ventanita de una torre, no vayan a turbarla los hombres o los sistemas con sus pasiones o sus miserias irredimibles.

La Casa del Viejo

Abuelita... Sí, acaso la abuelita de nietos que un día, desorientados por las fuerzas de un remolino de la vida, se perdieron para siempre...

Abuelito... Tus nietos, también, se alejaron de tu vejez rodando por una pendiente de ambiciones, de ensueños o de egoísmos...

Pero no importa. Les queda el hogar. Un cariño. Una esperanza, todavía! Ellos también, como los niños, ven sucederse los días sin inquietudes. Solo que mientras los pequeños se fatigan corriendo tras la mariposa de sus ilusiones, (después, seguramente, ya no podrán alcanzarla), los viejos descansan. Ellos también, a lo largo de años que pasaron con la infecundidad o la rapidez de una visión cinematográfica, alargaron muchas veces sus manos para atrapar la mariposa esquiva. Fueron niños... Ahora descansan. Y su amargura se ha descolorido al sol amigo de

(Continúa en la página 11).



CIEN AÑOS parece que fueran, para esta anciana, solo una etapa de la vida. Sus dedos todavía conservan algo de aquella agilidad de la juventud lejana, y hasta su dinamismo en la paciente labor está reflejando, por los ojos vivaces, una luz que aun se proyecta hacia el mañana...



Mentiras Criollas...

Bar Auto-Mático



Almorzando de pie y con los minutos contados, pues pronto ha de volver a terminar sus ocho horas en la tienda o en la oficina



Donde el mozo demuestra a la clientela que el servicio no es tan automático como parece

En esta ciudad, que a medida que va creciendo se va contagiando de la prisa de las más grandes urbes europeas y norteamericanas, empeñadas en una loca carrera hacia el futuro, puede decirse que la instalación de esos comercios de comestibles llamados bares automáticos, señaló un período elocuente de esta época febril.

Cuando aparecieron diseminados por la metrópoli los primeros bares o restorantes automáticos, todas las gentes se apresuraron a visitarlos y a servirse en ellos.

Fué un verdadero furor que hacía crisis a la hora del mediodía.

Pobres y ricos, hombres y mujeres, la modesta y pizpireta empleadita, el obeso burgués, gordos y flacos, viejos y niños todos corrieron a echar sus monedas en la ranura que devolvía milanesas, como si un apetito formidable aguijoneara de repente a la ciudad.

Toda una inmensa multitud, que a la hora del mediodía se dirigía hacia los barrios suburbanos para volver luego a sus tareas, acelerando el ritmo del corazón de la ciudad con un colosal movimiento de diástole y sístole que se evidenciaba plenamente en las vías de circulación, corría entonces hacia los bares como empujada por un poderoso aperitivo.

. . .

¡Aquello era un encanto!

Por el precio más ínfimo se había solucionado el grave problema del almuerzo.

Al mágico conjuro de dos monedas de cinco, usted veía surgir no sólo rubicundas milanesas, sino suculentos tallarines, humeantes sopas, deliciosas empanadas...

Y todo en un ambiente llano, popular, "san fason", sin preocupaciones de etiquetas, sin la molestia de llamar al mozo... y darle la propina...

Aquello era una delicia. Ya nadie se moriría de hambre.

Con lo que antes uno tenía para apenas una propina, ahora ya alcanzaba para saborear un bien servido plato.

Esa maravilla que nos parecía fantasía cuando la veíamos en el cine, que nos embobaba cuando nos la narraban los afortunados que habían visitado N. York, ya estaba acá. Era realidad.

¡A comer, pues!

Y la gente comió de prisa, vorazmente, hasta hartarse.

. . .

Ahora los bares automáticos han pasado de moda.

Se rompió el encanto cuando las monedas empezaron a trancarse en su ignorada trayectoria hacia la caja registradora y en lugar de las rubias milanesas apareció por el espacio destinado al plato la cara de un mozo que preguntaba malhumorado:

—¿Cuánto echó usted?

La gente comprendió que aquello no era automático y la sospecha de que detrás de los tabiques se elaboraban las variadas comidas del menú y mozos presurosos acudían al llamamiento de los nikeles, sembró la desilusión entre los que hallábamos gusto a los manjares pensando en la moderna maravilla mecánica que nos los servía.

Despejado lamentablemente el misterio del "automático", la presencia del mozo solícito detrás del tabique le ha quitado al comedor popular todo interés. Ahora los pocos clientes engullen de prisa, como avergonzados, casi subrepticiamente, las rubias milanesas, mientras por las aceras los asaetea la curiosidad de los transeuntes. Han vuelto a sus casas todos; los empleados, las alegres vendedoras de las tiendas, hasta los más presurosos y los que no disponen de tiempo ni para comer y a la hora del mediodía el ritmo de la ciudad se ha vuelto a acelerar como el de un enorme corazón emocionado... Por otra parte sólo por snobismo podía concurrir nuestro público en masa a los restaurantes automáticos durante un período forzosamente breve.

La gente de acá, en general es demasiado amante de la buena mesa, para resignarse a engullir de prisa y frugalmente, de pie junto a un mostrador.

Comer en el bar automático, puede decirse que sólo fué una moda más de las muchas intrascendentes que hacen furor por un momento en la metrópoli, olvidándose luego para siempre.

Pasado el minuto fugaz que arrastra a las multitudes uniformes, nadie se acuerda más de lo que el día antes lo apasionó.

Esa versatilidad popular que un día llenó las arcas de los primeros que instalaron los bares estilo norteamericano, fué también la causa de que hoy el negocio no sea tan próspero, aunque siempre hay quien se ve en la imprescindible necesidad de someterse a la dieta de los pseudos automáticos.

Para los que gustamos de gozar los placeres de una mesa bien servida, pasado aquel momento de novelería, el bar automático ha dejado ya de existir y no hay prisa ni economía capaz de impedir que nos sentemos a saborear tranquilamente nuestro almuerzo, en nuestra casa o en el hotel o restaurante, donde la albura de los manteles y la visión de las fuentes y de los vinos anticipen apetitosamente por los ojos y por las narices, las delicias que se prometen a ese órgano tan calumniado que rige despóticamente nuestra existencia: el estómago.

. . .

Por Alfredo De León

Durante ese minuto a que nos referimos y que tan intensamente se prodigó para saciar el enorme apetito de todo un pueblo que se lanzó voraz sobre los alimentos misteriosamente elaborados, que aparecían después del "sésamo ábrete", de los diez centésimos, se registraron episodios interesantes.

Fueron los pilluelos de la calle, los canillitas y los golfillos, asiduos concurrentes del bar, los primeros que intentaron verdaderos milagros de prestidigitación en las ranuras donde se echan las monedas, pretendiendo obtener con un mísero botón de chaleco una rica empanada de gallina. También se repitió el intento con rueditas y monedas falsas pero el aparato, fiel a su dueño, sólo muy de vez en cuando se dejó engañar, demostrando que en esta época es tan difícil hacer pasar una moneda falsa como que pasara el legendario camello por el ojo de una aguja. Ahí fué donde se reivindicó (para sus dueños), el automático, en el acto de cobrar, siendo absolutamente insensible e inflexible... como todos los cobradores.

¿Qué misterioso influjo ejerce la música sobre el jugo gástrico?

He ahí una cuestión que aunque para nosotros es desconocida debe haber sido cuidadosamente estudiada por los hoteleros.

En el bar automático, se prodiga a troche y moche la música popular y la clásica, con verdadero ensañamiento.

La radio marca el ritmo al aparato digestivo ejecutando las más variadas piezas del repertorio.

Es característica del bar esa musiquita interminable que sólo se entrecorta entre plato y plato para que la voz gangosa del speaker nos anuncie un remedio para el dolor de cabeza... que bastante falta hace sin duda en esos momentos.

Con música y con comida, con alimento para el cuerpo y para el espíritu ¿quién no es feliz? Hay que ser demasiado exigente para protestar aún. Sin embargo es menester todavía, para que esos dos factores se complementen y produzcan efecto satisfactorio, un poco de imaginación.

. . .

Hay que pensar que uno está cómodamente sentado y que tras de barato come bueno, hay que olvidar los tufillos que vienen de la misteriosa cocina ignorada y eso es difícil, muy difícil, tan difícil como que pase una moneda falsa por la ranura donde se paga...

Y como no se puede imaginar mucho en ese ambiente poco propicio, los imaginativos y los "gourmets" hemos vuelto a la mesa acogedora y cordial de nuestras casas o los hoteles y restaurantes, donde el mozo solícito, nos conoce y hasta nos fía y donde el acto obligatorio y vulgar de darle energía al motor humano, entre blancos manteles y voces apagadas, se inmaterializa hasta semejar un rito, que se goza y culmina espiritualmente en la alegría jovial de la libación.



Sacrificando la comodidad del hogar a las exigencias del trabajo las obreras y empleadas saborean de prisa su frugal almuerzo

ANDREA VERROCCHIO Y SU OBRA MAXIMA:

EN la ciudad de Venecia, en el año 1475, extinguíase la vida del "condottiero" Bartolomeo Colleoni, nacido, de ilustre cuna, en las cercanías de Bergamo, en el 1400.

Tortuosa, desde el punto de vista moral, y afortunada vida militar la de este personaje renacentista, cuyos defectos y virtudes fueron tan propios de aquel momento histórico, donde la eclosión desbordante de la individualidad era informada por dos corrientes diversas: el pasional fondo místico y bárbaro del medioevo y el triunfante "humanismo", fruto del estudio de las letras y las artes antiguas.

Su historia forma una larga y casi ininterrumpida serie de actos donde uno no sabe qué admirar más: si los triunfos del guerrero, o sus tremendas veleidades. En plena juventud, aún, habían sido aceptados sus servicios por la república veneciana, conquistando, a muy poco de andar, un puesto de responsabilidad en su ejército. No tardó mucho en presentársele la oportunidad donde revelar sus singulares condiciones militares. Habiendo enviado el Duque de Milán un fuerte ejército contra Venecia, Bartolomeo Colleoni fué designado por la Señoría con el propósito de desbaratar el avance de aquellas fuerzas. El joven y audaz "condottiero" marchó contra ellas y cumplió, ampliamente, su cometido, infligiendo a las tropas del ducado de Milán una seria derrota que frustró sus bélicas intenciones. Tornado victorioso a Venecia, la república impuesta del excepcional servicio prestado a sus intereses por el intrépido militar, nombrólo Capitán General de la Infantería Veneciana. Este su primer triunfo lleva aparejada su primera traición: a poco tiempo de aquella honrosa distinción de que fué objeto por parte del Senado, el audaz aventurero militar se pasó al enemigo con todas las tropas de su mando. Pero a los milaneses no les duró mucho el justificable alborozo de una tan ventajosa adquisición... El tornadizo "condottiero" sintió, prontamente, nostalgias de la "Ciudad de las Lagunas", y como en él todo deseo movía, al mismo tiempo, los resortes de la acción, he aquí que no transcurre un apreciable período sin que Bartolomeo Colleoni respire, nuevamente, los aires marinos de San Marcos.

En este ir y venir de su tumultuosa existencia, íbanse yendo, poco a poco, los años, y con ellos las ambiciones, o quizás las garras... El caso es que el veleidoso "condottiero" finalizó sus últimos tiempos demostrando una extraña fidelidad hacia la veneciana tierra de sus primeras armas.

"No déis jamás, a ningún otro general, el poder que me habéis confiado a mí; hubiera podido usar de él peor, aún, de lo que lo he hecho. Pensad que siempre os he tenido a mi disposiciónií, fué el descarnado como valiosísimo legado con que el aventurero militar obsequió al Senado de la República en trance de muerte. Y Venecia que había experimentado en carne propia, y por largos años, las peligrosas consecuencias de su agradecida admiración hacia aquel tornadizo "condottiero", de innegable talento, quiso pagarle, tal vez, su postrer y único desinteresado servicio, glorificando su efigie en el bronce.

Y desde entonces, el dominador aventurero militar traza, desde el animado pedestal de su magfica cabalgadura, el amplio ademán de su brazo, dominador siempre, y más que nunca, por la magia del Arte.

Resuelta por el Senado la erección de la estatua de su general ido, abrióse una especie de concurso. A éste respecto Jorge Vasari nos ofrece muy interesantes detalles; pero pasaremos por alto muchas de sus referencias, concretándonos a recordar que los miembros de la Señoría exigieron que el monumento ecuestre refundiera en sí los mejores valores particulares de dos proyectos: escogeríase la cabalgadura del de Andrea Verrocchio y el jinete sería tomado del boceto de Alejandro Leopardi.

Siempre al decir de aquel comentarista, al enterarse Verrocchio de la resolución de la Señoría, rompió su modelo en varias partes y alejóse enseguida de Venecia, profundamente ofendido. Una de las características de los artistas del Renacimiento itálico era la inquebrantable fe en su capacidad creadora — y a la que no escapaba, por cierto, nuestro genial artífice evocado — el cual, a mayor abundamiento de razones, habiendo alcanzado entonces el punto más alto de su trayectoria artística, tendría que sentirse doblemente ofendido por aquella resolución atentatoria a la unidad estilística y espiritual de su obra.

Felizmente, poco después revocóse la resolución, siendo llamado el escultor florentino a Venecia, con el objeto de dar principio a los trabajos del monumento. Verrocchio inició de inmediato sus primeras actividades en este sentido, y ya en ellas sintióse aquejado de la enfermedad que debía cortar, en un breve término, la gloriosa vida de aquel extraordinario creador. El 25 de junio de 1488 testó, designando a su discípulo Lorenzo da Credi, para finalizar la obra, pero éste impuesto de las enormes dificultades del trabajo y la responsabilidad moral que sobre él pesaba, renunció el legado del maestro en favor de Giovanni Andrea Doménico.

Mas, por un curioso juego del destino, la obra de aquel artista no debía llevarse a feliz término sino a través de su ocasional rival A. Leopardi, quien, elegido por la Señoría, la fundió y cinceló siendo colocada en la plaza de San Zanípola en el año 1495. Parece ser que este escultor sintió, más allá de los justos límites la responsabilidad de su con[illegible] personal con la obra de Ve[illegible] si bien es cierto que [illegible] artísticas y [illegible] gran co[illegible] posteridad [illegible] laurel, ello [illegible] para estampar su [illegible] ca sobre el glorioso [illegible] en cuya elaboración intervino, tan solo, como colaborador secundario. En cambio, suyo es el bello pedestal de mármol donde descansa la estupenda estatua.

Andrea da Michele Cione, comunmente conocido por Verrocchio, nació en Florencia, en el año 1435. Niño todavía ingresó como aprendiz en el taller de un platero cincelador llamado Julián Verrocchio, de quien tomó no sólo las primeras nociones de este arte, sino también su propio nombre. Orfebre, pintor y escultor tales fueron [illegible] gran mayoría de los artistas renacentistas, su obra, es va[illegible] y diversa: ella va desde el vaso finamente cincelado, pasan[illegible] por los cuadros religiosos, hasta la escultura de un pote[illegible] realismo, siendo en este género donde su genio alcanzó el [illegible]ximo de la expresión.







LA ESTATUA ECUESTRE DE BARTOLOMEO COLLEONI



Diseipulo de Donatello, al igual de su maestro, su escultura ende hacia un naturalismo vigoroso "consistente en dar vi-, en el bronce y el mármol, a modelos conformes al ideal orentino: fuertemente musculosos, enérgicos y expresivos de pies a la cabeza", según las palabras del eminente escritor ancés de arte Salomón Reinach.



Leídos estos conceptos volvemos los ojos hacia la estatua ecuestre del "condottiero"... ¡Qué verdaderas, qué ajustadas, qué exactas palabras! Cabalgadura y jinete son contenidos dentro de un ritmo arquitectónico admirablemente equilibrado y generoso en la sensación de monumentalidad ante la obra, en cada nueva apreciación ella se nos aparece más robusta, más amplia, dando la impresión de un contínuo crecimiento; algo así como al observar, sobre el cristal del agua, los círculos concéntricos que se desarrollan, cada vez más grandes, en torno al núcleo de partida. "Generosidad de construcción", cuyo secreto han recibido en gracia unos pocos y grandes artistas...

Pero las palabras arriba mencionadas han sido dichas, en especial modo, para un arte esencialmente antropomórfico. Vayamos, pues, a la figura humana: "el condottiero", erguida la imperiosa cabeza, centelleante la mirada audaz y el brazo diestro trazando un amplio, un desenvuelto, un acostumbrado ademán de conquista, parece alzarse todo sobre la montura, "fuertemente musculoso, enérgico y expresivo de los pies a la cabeza". Parece que la vida, la misma vida física y espiritual de aquel hombre hubiera sido sorprendida y cortada para volcarla íntegra, en el momento más vibrante de su culminación, fuera del tiempo, en la inmortalidad.

No sin fundamento, pues, su formidable obra está conceptuada como la más bella estatua de este género, sin olvidar que existe, a no mucha distancia de ella, la de Gattamelata, salida de las manos de su propio maestro Donatello.

Cuesta trabajo creer, pese a la incuestionable autoridad de Vasari, cuando él dice, al respecto de Verrocchio, que "era un hombre de temperamento frío"... De un modo casi inconsciente hemos pensado en la tremenda fuerza oculta que se agita en el seno de esas montañas, serenamente recogidas, sin un sensible temblor de su envoltura, sin sin un solo movimiento de su ingente masa, cubiertas siempre con su casquete de nieve... No; no es posible q' el encendido animador artístico de Bartolomeo Colleoni —un ascua humana, haya sido un hombre de temperamento frío. Esta estatua, todo nervio, toda acción, toda llama crepitante debe ser, "es" una partícula universalizada y permanente del inmenso caudal de fuego contenido bajo la exterioridad de su creador.

De su extensa obra escultórica citaremos aquí, tan sólo, algunas de las principales, lo que dará al lector una idea de la pujanza de su genio creador. En 1471 ejecutó para la Sacristía de San Lorenzo el mausoleo de Pedro y Juan Médici, obra ésta casi puramente arquitectónica y muy original; Lorenzo Médici encargóle más tarde la estatua: "Niño con el Delfín" (hoy en el patio del Palazzo Vecchio de Florencia); luego el mismo personaje le pidió la ejecución del "David", llamada "La primera figura" de Verrocchio. Aunque en esta escultura se nota, muy visiblemente, la influencia de Donatello, ya ella acusa algunos distingos de su personalidad en potencia. En el año 77 modela su famosa "Tumba de Francesca Pitti"; aquí revélanse claramente aquellos caracteres personales de su estilo: modelado ceñido y riguroso de la forma, gran sentido lógico de la composición y vibrante fuerza expresiva de los sujetos. "Degollación de los Inocentes", gran bajo relieve del mismo año, cincelado en plata, con destino al Baptisterio. Luego de varios años de afanoso trabajo termina en el 83 la "Incredulidad de San Tomás", donde hace gala de una técnica formidable. En 1473 ejecuta la "Tumba del Cardenal Forteguerri", obra ésta seguramente terminada por sus discípulos. Finalmente recordaremos su "Madonna" de tierra cocida, uno de sus más representativos trabajos y que se custodia en el Museo del Hospital de Santa María Nueva, de Florencia.

Aunque su justa fama de escultor ha empalidecido bastante su obra pictórica, su dominio de la línea y gran sentido de la composición, hacen que su pintura, puesta en confrontación con la de sus más pujantes coetáneos, no sufra el menor desmedro.

Su maestro en este arte fué Alejo Baldovinetti, pero en verdad, muy poco o nada suyo quedó en la obra del discípulo. En cambio se evidencia, de manera innegable, la influencia de Antonio Pallaiolo, uno de los más grandes maestros realistas de todos los tiempos.

De la importancia de su paso por la pintura cuatrocentesca bastará a darnos una idea el hecho de "haber sido uno de los primeros florentinos que comprendieron la importancia del aire y la luz en el paisaje". Por lo demás, bien conocido es que el "tipo" de las Vírgenes de Leonardo da Vinci, está inspirado en aquel discípulo Lorenzo da Credi.

Entre sus mejores obras pictóricas se citan: "Virgen con el Niño y dos Angeles" (Galería Nacional de Londres); "Bautismo de Cristo" (Galería de la Academia de Bellas Artes de Florencia); "Madonna y dos Santos" (Duomo de Pistoia), pintada en colaboración con su discípulo Lorenza da Credi.

En una época en que floreció un deslumbrante núcleo de artistas tales como Fra Angélico da Fiésole, Benozzo Gozzoli, Masaccio, Paolo Uccello, el primer pintor de perspectiva, Andrea Castagno, Filippo Lippi, Beticcelli, Chirlandaio, Lorenzo da Credi, etc., etc., todos ellos personalísimos y dueños de una asombrosa técnica, Andrea Varrocchio alcanzó a distinguirse como artífice y pintor, logrando en la escultura, por su ceñido estudio de la forma, su clara y vital traducción de la misma y el "ánimus" potente de su personalidad creadora, singularizarse con relieves excepcionales.



Al Cuatrocientos italiano que tantas y tan magníficas obras de arte dejara, y cuya influencia es simplemente imponderable le cabe la suprema honra de haber legado a la humanidad, a través de Verrocchio, la más depurada y alta expresión en este difícil género artístico.

La estatua ecuestre del "condottiero" Bartolomeo Colleoni— resumen de todas las virtudes de este supremo creador — espera aún, después de cuatro largos siglos de gallardo reto, el genio que le quite su condición de impar.

F. Ciccioni.

FOOTBALL



El entusiasta y capacitado equipo del Club A. Defensor, cuya excelente campaña en el Campeonato Profesional culminó con la victoria sobre la poderosa escuadra del Club Peñarol

PARADOS: De izquierda a derecha: B. Duhagón, A. Morales, J. Piriz, M. Bravo, A. Castaldo, J. Garay (masajista), H. P. Bove (equipier). — Abajo en el mismo orden: P. Cetrángelo, S. Celsi, J. F. Piriz, D. Fernandez, F. Duhagón y P. Fedulo





Incidencias del juego en el partido de football entre Defensor y Peñarol





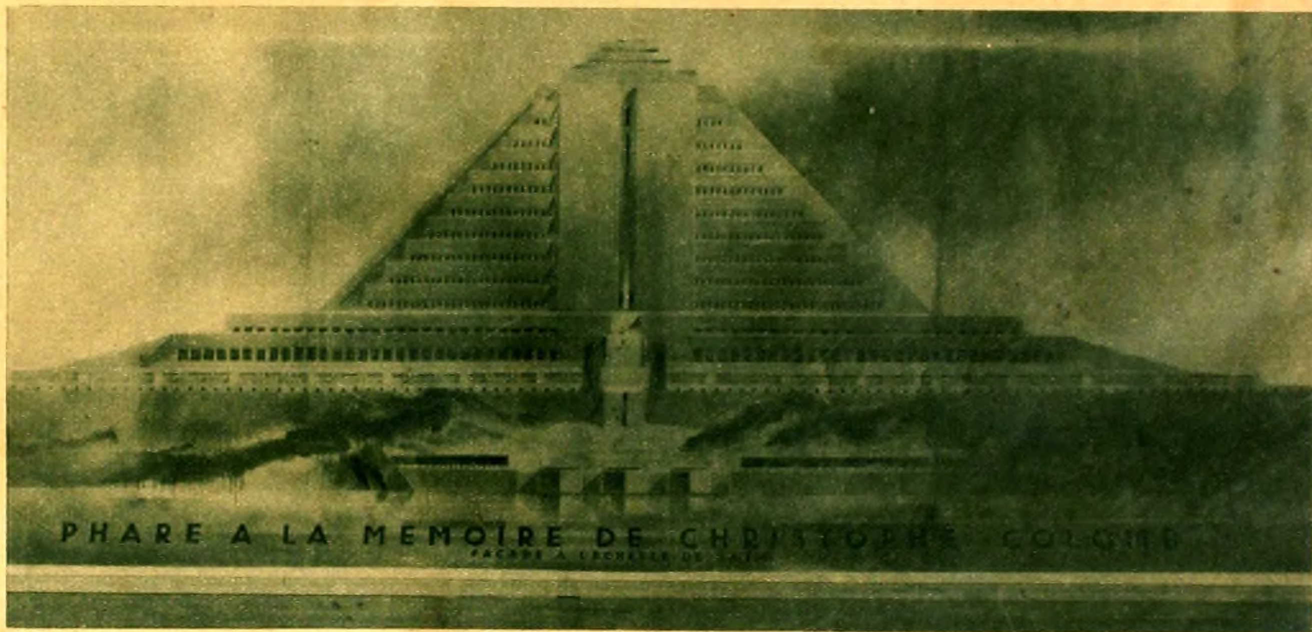
El Faro Monumento de Colón

Proyectos presentados al concurso del Faro-Monumento de Colón, que se alzará en la República de Santo Domingo, y que han sido exhibidos en el Palacio Sarandí. El valer de las obras que forman el conjunto ha llamado la atención de los entendidos. El presidente del jurado internacional que falló en este certamen es el arquitecto nacional Horacio Acosta y Lara

THE COLUMBUS

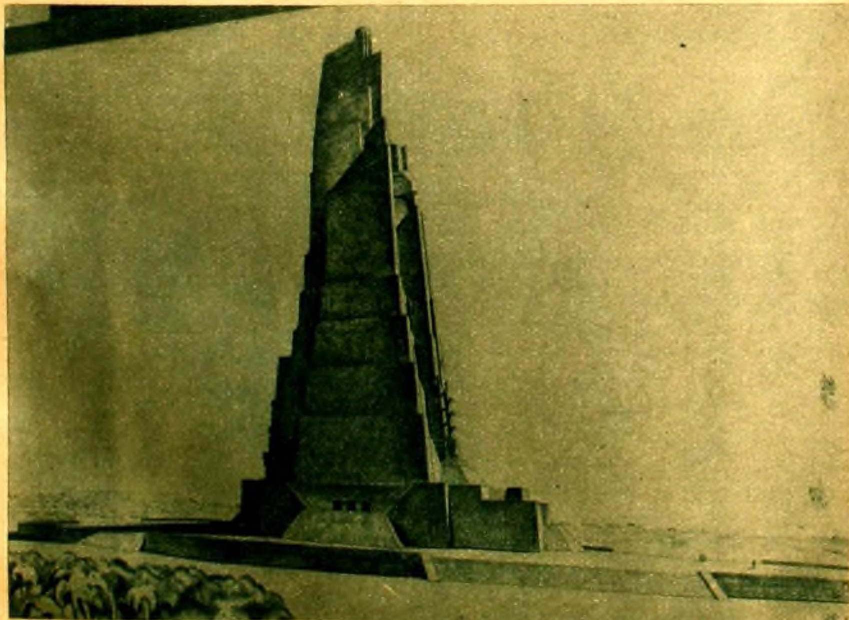
SEGUNDO PREMIO. De los escultores Donald Nelson y Edgard Lynch (francés y norteamericano)

PRIMER PREMIO. Del escultor inglés J. L. Gleave



CUARTO PREMIO. De los escultores franceses Theó Lescher, Paul Andrieu, O. Zavaroni, Maurice Gauthier

TERCER PREMIO. De los escultores españoles Joaquín Vaqueros Palacios y Luis Moya Blanco



MODAS

La Belleza De La Espalda

La moda, con un aspecto de frivolidad que es su principal encanto, se ha preocupado, sin embargo, metódica y científicamente, por el mejoramiento del cuerpo de la mujer.

El procedimiento es muy sencillo. Cada año, es decir, cada vez que se inquieta el mundo de las elegancias esperando las palabras de la sibila, los ministros de su majestad La Moda anuncian que los nuevos modelos de trajes desnudan tal o cual parte del modelo femenino.

Por ejemplo: se sabe, a través de las rendijas de la indiscreción, que los próximos vestidos de noche lucirán soberbios escotes posteriores que dejarán descubiertas las espaldas "desde la raíz hasta el hueso".

Inmediatamente todas las mujeres del mundo, — salvo, por supuesto, las africanas, o las canacas o las americanas de las márgenes del Araguay, — corren a su habitación y se desnudan la espalda frente a la triple luna del vestidor.

¿Podrán estar a la nueva moda?

Jamás, en ningún caso, se encuentran con una auto-opinión negativa. Así reflejen sobre el cristal una espalda jibosa, con dos ganchos superiores y una escala de Jacob que se hunde accidentalmente como avergonzada de su intención celeste, la comprobación visual les sugiere admitir la modalidad reinante, y desde ese momento se disponen a adoptarla con la seguridad de exhibir una espalda digna de un museo.





Pero en este propósito se envuelve una actitud de modificación que es en lo que consiste la benéfica influencia del decreto universal de la moda.

Las casas especialistas en masajes y ejercicios de gimnasia rítmica anuncian que poseen métodos definitivos para corregir los defectos físicos de las espaldas, y comienzan a notar que la clientela aumenta y que son numerosas las mujeres que solicitan su intervención para hallarse en condiciones de mostrar la desnudez de su espalda.

El hecho cardinal es, que, cuando llega a imperar el úkase — como sucede en la actualidad — es fácil comprobar en los bailes y en las suntuosas fiestas nocturnas que exigen el escote posterior, que la mayor parte de las mujeres tienen espaldas regulares, y algunas de ellas auténticas maravillas de estatuarias que harían las delicias de Cánova.

Este es el resultado de un cuidado minucioso y una preparación adecuada. Hasta ese momento las mujeres no se habían preocupado de hermosear sus espaldas, porque buscan el embellecimiento de las formas de las piernas, o de los brazos, o del cuello.

De esta manera, la moda va consiguiendo un mejoramiento paulatino por zonas del cuerpo femenino.

Para el año entrante es muy probable que el escote trepe por el cuello y se deje caer hacia el frente. Veremos, entonces, que resurgen los estilos que hicieron célebre a la corte de los Luises, y que prolongaron su vigencia a través del Directorio y en las épocas clásicas de Napoleón.

Dama hubo por aquellos tiempos, que debió su fortuna política a la belleza opulenta y firme de sus "avances" en sociedad, y en más de una comida cortesana, cuando las luces de las bujías, colocadas en los candelabros de cristal de roca y plata, irisaban las fuentes centrales de argentería y dibujaban los encajes de la mantelería, las miradas imperiales tropezaron, como las de Cristóbal Colón, con nuevos mundos que prometían, como en el "Libro de las Maravillas" del supuesto viajero inglés sir John de Mandeville, las cercanías del Paraíso Terrenal.

Grandes duquesas debieron sus títulos y honores a la holgura de sus escotes.

Pues bien: las mujeres iniciarán desde luego una preparación científica para que el decreto no las tome desprevenidas, y veremos — ojala sea pronto! — que las damas de esta época deportiva y un tanto varonil, no harían mal papel junto a los escotes que pasaron a la historia sustentados por la belleza rebelde de madame Recamier.

Este es el aspecto práctico que tiene el imperio de la moda. La belleza plástica de las mujeres no es fácil que se depure dentro de las tocas monásticas de la Edad Media. Cuando se sabe que nadie — porque el marido no cuenta — va a tener ocasión de mirar y admirar, es lógico que se descuide el jardín de las Hespérides.

En cambio, el hecho de mostrar en público excita a cuantas mujeres adoptan la modalidad reinante para buscar por todos los medios físicos — y aun espirituales — la perfección de sus formas. A la larga este ejercicio mejora la raza, y así nos encontramos con que determinados pueblos, que cultivan los deportes al aire libre, cuentan con mujeres de una belleza que parece arrancada de una ánfora etrusca.



Bien venida, pues, la urgencia imperial de su majestad. Las mujeres se embellecen cada vez más, y nosotros, los pobres hombres, recibimos la caridad de su hermosura como un don de los dioses.

XAVIER SORONDO.

Collares, Medias y Zapatos

Los collares cortos derrotan a los largos, y es de lamentar, porque favorecen más los que caen sobre el pecho, que los ceñidos a la garganta; pero la moda se cansa de lo muy visto y lo reemplaza con algo menos bonito. El atractivo de la novedad forma parte de la vida.

Las medias de color marrón dominan incluso a quienes no gustan, que se ven forzadas a usarlas; sin embargo con los vestidos blancos se admiten las rosadas, las blancas y las "beige".

El zapato con una correa se enfrenta con el escarpín; es un combate en el que no hay vencido; los cordones que trepan por el empeine tiene sus adictas; la combinación de dos colores no se lleva más que en blanco y negro, y, por último, de noche solamente zapatos de crespón de bina.

















LA ELEGANCIA DE ESTE TRAJE CONSISTE EN LAS TORSADAS SOBRE LA ESPALDA TERMINADA "COCARDS"

TRAJE DE MUSELINA BLANCO CON PROFUNDO ESCOTE BORDEADO DE GALON PLATEADO

Los Siete Pescadores Y La Sirena

por JOSE MORA GUARNIDO

Los siete pescadores se quedaron asombrados ante aquella aparición inesperada que les sonreía en medio de las olas. Volcados sobre la borda, mientras el barquito se balanceaba lentamente con todo el velamen lacio y sin impulso por falta de viento, le hablaban todos atropelladamente a la extraña y hermosa mujer.

—¿Quién eres?

—¿Cómo te llamas?

—¿Quieres subir a bordo?

—¿Te vienes con nosotros?

—¿Tienes frío?

—¿Quieres un trago de caña?

Pero ella seguía nadando ágilmente a la vera del barco y sonriéndoles como un niño que desde su ventana contemplase un paisaje maravilloso. Parecía no comprenderlos.

Cerca estaba la pequeña isla llena de árboles, en la que nadie habitaba y todo lo rodeaba con su abrazo agitado y eterno el mar ondulado y azul.

—¡Eh! — dijo el patrón. — Vamos a echarle un cabo y ofrecerle que suba...

Serpenteó de pronto el fuerte cordel sobre las aguas, y la nadadora se cogió a él dando un grito de júbilo y emergiendo hasta la cintura de entre las olas. Completamente desnuda, dorada por el sol, brillante por el agua que se deslizaba por su piel en gotitas que llevaban al iris prisionero, era toda una verdadera visión de prodigio. Tenía los cabellos dorados, los ojos azules y la boca fresca y roja como una cereza madura. Tenía el cuerpo inerte y armonioso, igual que una estatua.

—¡Eh!... Vamos a ver si la podemos izar... — tornó a decir el patrón.

Todos tiraron a un tiempo del cordel al que la muchacha estaba asida y ella los ayudó en la maniobra, apoyando sus pies contra el casco del barco y apretando entre sus manos fuertes el cordel estirado por el que chorreaba, cayendo luego al mar, una lluvia de gotas. Cuando llegó a la borda, saltó sobre cubierta ágilmente y se estiró con las manos el cabello mojado, que le caía a grandes madejas sobre la espalda. Con un natural impudor de pájaro transido, sacudió su cuerpo desnudo en enérgico desperezo y, sonriendo siempre, se frotó el seno y los brazos para secarse.

Los siete pescadores que la rodeaban atónitos la asaltaron a miradas codiciosas y a preguntas:

—¿Vives allá en la isla?

—¿Te bañas así todas las tardes?

—¿Cómo llegaste aquí?

—¿No sabes hablar?

—¿Quién vive contigo?

Ella miraba a cada uno que le hablaba y sólo respondía con su simpática sonrisa.

—No nos entiende — reconoció un marinero con tristeza.

El patrón observador y silencioso, se acercó por fin a la muchacha, le puso una mano sobre el hombro y mirándola fijamente a los ojos insinuó en voz alta una vaga sospecha:

—¿No será ésta la Sirena del mar?...

La muchacha tocó el rostro del patrón con infantil afectuosidad, dándole dos o tres palmaditas suaves, y luego, muy curiosa de cuanto la rodeaba, comenzó a ir de un lado para otro, sin decir nada y envolviendo todas las cosas en una larga mirada de comprensión. En la popa, junto a un rollo de cordeles amarillentos, había abandonado uno de los pescadores su gran acordeón viejo; ella lo cogió y lo hizo sonar inarmónicamente. Estremecida por aquel extraño ruido, lanzó una fuerte carcajada y un grito agudo, agrio, que rodó hacia lo lejos sobre la superficie rizada levemente del mar tranquilo.

Los siete pescadores que la rodeaban lanzaron la carcajada también.

—Le gusta la música. Manuel... Toca algo... — ordenó el patrón a aquel pescador, que tocaba el acordeón y cantaba por las noches.

El pescador tomó el acordeón de las manos de la muchacha, que se lo cedió dócilmente, y se puso a tocar un aire lánguido y lento de su país. Ella lo oía como si fuera el trino de un pájaro desconocido, ilusionada y contenta.

—Canta también, Manuel — volvió a ordenar el patrón.

Y Manuel cantó luego, con esa voz grave y baja con que los hombres del mar, en las tardes infinitas de las interminables travesías, entretienen su soledad y su esperanza. Cuando terminó, la muchacha le puso la mano sobre la boca, como si de esta manera quisiera expresar su contento, y luego probó a dar con su voz sonidos parecidos. A los hombres les hacía esto mucha gracia.

—Quiere cantar — decían riendo.

Y la rodeaban atentos y complacidos, como esas familias que acechan en corro venturoso los primeros ademanes de un niño de pecho.

Sacaron la botella de caña, y después que bebió ella, haciendo gestos de infantil guiñada por la picazón del alcohol, fueron bebiendo todos.

La calma del viento era absoluta. Las velas, caídas a lo largo de los palos del barco, parecían girones sucios, inservibles, de unas gloriosas velas antiguas, blancas como ala de paloma. El barquito se balanceaba suavemente como una hamaca.

Fueron sintiendo los hombres en su espíritu aislado y ocioso la presencia de aquella mujer linda, fuerte, joven, cuya desnudez tenía el soberbio encanto de las frutas recién sazonadas. Los ojos clavados en aquel cuerpo magnífico — cobre y rosa bajo el sol, — tenían un brillo fuerte de sensualidad soliviantada. En las manos brutales florecían inexpresables y quebrados deseos...



¡Olor de mar tendría aquel cabello de oro que se secaba al sol sobre las espaldas de curva suave!... Sabor de mar tendrían aquellos senos firmes, y aquellos labios rojos, y aquellos hombros redondos, y aquellos brazos en que el vigor había respetado la delicada belleza de la línea femenina...

Ella se había sentado sobre el montón de cordeles enrollados existente en la popa, había cruzado las manos tras de la nuca y así se recostó lentamente mirando hacia el cielo. Ellos, sentados sobre la madera de la cubierta, medio tendidos, la cabeza apoyada en los codos, formaban un círculo a su alrededor. Manuel tocaba el acordeón y cantaba en voz baja. Los demás guardaban un angustioso silencio. Se oía el rumor bajito y el chapoteo intermitente de las olas y el leve chasquido de los palos del barco estremecidos por el continuo balanceo.

Todo el mar azul los rodeaba, interrumpido en un lado por la silueta de la isla llena de árboles, como a unos doscientos metros de distancia...

Rápidamente, la muchacha se levantó, fué tocando cariñosamente en el rostro a los siete pescadores, sonriéndoles con una intensa expresión de simpatía, y luego se fué a la borda, les hizo un gesto de adiós y se lanzó de un salto al mar. Tan ligero fué esto, que sólo les dió tiempo a los hombres para incorporarse.

—Espera... ¡No te vayas! — gritó inútilmente el patrón.

Ya ella iba nadando, rápida como una flecha, hacia la isla. Entre brazada y brazada, se volvía para sonreirles como les sonriera cuando se les apareció. Les hacía adiós con la mano y después continuaba su marcha. Ellos, apelotonados en la borda, se lo hacían con la mano y con los pañuelos. Desaparecía a veces bajo el agua y volvía a presentarse más lejos, vuelta hacia ellos, con la mano estirada en un gesto de despedida, ondulando la mano en el viento como ala de pájaro. Fué pronto un puntito de oro y de rosa, perdido en lo azul y que sólo alcanzaba su retina de hombres de mar.

—Quizás vive allí en la isla — sospechó con vaga esperanza uno de los pescadores.

—¿Será la sirena del mar? — volvió a insinuar el patrón.

Estuvieron allí toda la noche detenidos por la calma del viento, y a la mañana, no bien el sol había derramado su luz sobre el mar, volvió a aparecerse la Sirena. Tomó el cabo que le lanzaron y saltó sobre cubierta alegremente.

Llevaba en la mano una bolsita de piel y en ella un presente curioso para los pescadores: piedrecitas bellamente talladas por el agua, caracoles raros de esmalte purísimo, ramitas de coral, como arbolitos secos inyectados de sangre... Todo lo repartió entre sus amigos, con liberalidad de niño que da los juguetes.

Más familiarizados con ella, los pescadores se le acercaban, le estrechaban en un fuerte abrazo la cintura o la besaban en los labios, sin que ella se resistiese. Ponían sus manos ásperas sobre los hombros redondos de la hermosa muchacha, sobre sus caderas, sobre sus senos, y ella no los rechazaba.

—La llevaremos con nosotros — decían, — para que vea nuestras ciudades y nuestras casas...

—La enseñaremos a hablar como nosotros...

—Le compraremos vestidos...

—Navegará siempre en nuestra barca...

El patrón seguía sospechando:

—¿No será ésta la Sirena del mar?

Entretanto, distribuía ella sonrisas y abrazos entre los siete hombres, recibía con agrado sus besos ardorosos, y solamente cuando alguno la ceñía por la cintura con excesiva y frenética presión, se desprendía de él con brusco esfuerzo y una especie de gemido estrangulado en la garganta.

Salió otra vez la botella de caña y el trago circuló repetidamente. El patrón y los marineros concibieron entonces, entre los vapores de la borrachera y los impulsos de la sensualidad despertada, el proyecto de secuestrar para siempre en la barca a aquella muchacha complaciente y hermosa. Hicieron su plan. La sujetarían, impidiéndole saltar al agua, tenderían las velas y se alejarían rápidamente... Entonces llevarían en la barca una mujer para todos, puesto que todos la deseaban igualmente y tenían el mismo derecho. Sería ella la querida del barco, la amante de los pescadores, que calmase sus intranquilidades varoniles en las largas temporadas de embarcados, sin celos ni rivalidades, como el porrón de vino en que todos bebían y el balde en que todos se lavaban. ¡Ah, tendrían una mujer arrebatada al mar, como era arrebatado al mar el pescado de que vivían!...

El viento, que había empezado a soplar ligeramente, favorecía sus propósitos. Se pusieron todos a la maniobra, soltaron las velas, izaron el ancla. A ella la distraían unos, mientras los otros trabajaban. ¡Qué ansiedad, qué angustioso apresuramiento, lleno de órdenes entrecortadas, de temblores y deseos y ensueños vagos! En pocos instantes todo estaría resuelto... ¡Tendrían la querida robada al mar!

Pero cuando ya estaba todo dispuesto y el barco comenzaba a crujir violentamente con las primeras bordadas de la huída, la muchacha aturdió a uno de sus vigilantes de un golpe en la sien, echó a rodar al otro por la cubierta con una zancadilla y, riendo siempre, se fué de un salto al mar. Todo fué tan rápido, que no tuvieron tiempo de impedirlo.

—¡Se fué!... — lamentó el patrón desde el timón.

El barco se detuvo. Miraron desde la borda a la muchacha que, como el día anterior, se alejaba hacia la isla a largas brazadas. Se volvía y les hacía adiós, y se oía su risa quebrada rodando sobre el mar rizado y florecido de inquietos ramitos de espuma.

—¡Se fué! — comentaron con infinita tristeza dos o tres pescadores.

—¡Estoy convencido de que es la Sirena del mar!—sentenció gravemente el patrón. — La Sirena del mar, que se burla de nosotros.

—Pero, ¿no sería caso que volviera mañana? — dijo, todavía ilusionado, aquel pescador Manuel que tocaba el acordeón y cantaba.

Los pescadores no sabían que en uno de los recodos de la isla próxima, oculto entre las rocas costeras, estaba anclado el "yatch" de la señora Edwin, extravagante y aventurera millonaria yanqui, divorciada dos veces y actriz de película por afición irresistible a los ejercicios arriesgados y a las empresas melodramáticas. Bella mujer y gran nadadora, había querido realizar en el corazón de aquellos hombres aislados y sencillos una de sus más originales y diabólicas experiencias de inteligente aburrida. Aquella noche contaba en la cubierta del "yatch", rodeada de sus amigos, todos los detalles de la aventura.

(Continúa en la página 15.)

Notas Locales



HUMBERTO ALLENDE, músico chileno que esta noche dirigirá en el S. O. D. R. E. un concierto de sus obras





El profesor OSTERTAG, delegado de Alemania al Congreso del Frío a su llegada a Montevideo



← El petrolero "SAN ANDREA", en preparativos para la descarga de carburante frente a los depósitos de la ANCAP en La Teja

RICARDO ROJAS, rodeado por la comitiva que le ofreció la bienvenida de nuestro Gobierno y círculos intelectuales, a su llegada a Montevideo





Doctor NICOLA REYES, médico al que el Consejo de Salud Pública ha votado una pensión vitalicia, por su sacrificio en el cumplimiento del deber



Los Siete Pescadores y la Sirena

(VIENE DE LA PAGINA 13.)

—Algunos de los pescadores — afirmaba — creyeron de verdad que yo era una Sirena, y me quisieron robar al mar.

—Ha sido un lance ingeniosísimo — comentaba uno de los aduladores.

—¡Admirable! — decía otro.

—¡Quién lo hubiera presenciado! — lamentaba un aspirante a tercer esposo de la bella millonaria.

—Haré con ese asunto una novela y un argumento de película — prometía un escritor.

La señora Edwin reía recostada en su canapé de mimbre, jugando distraída con el collar de perlas que adornaba su garganta.

La noche era hermosa... El "yatch" iba a zarpar.

—¿Adónde nos lleva usted ahora, señora Edwin? — preguntó uno de los invitados.

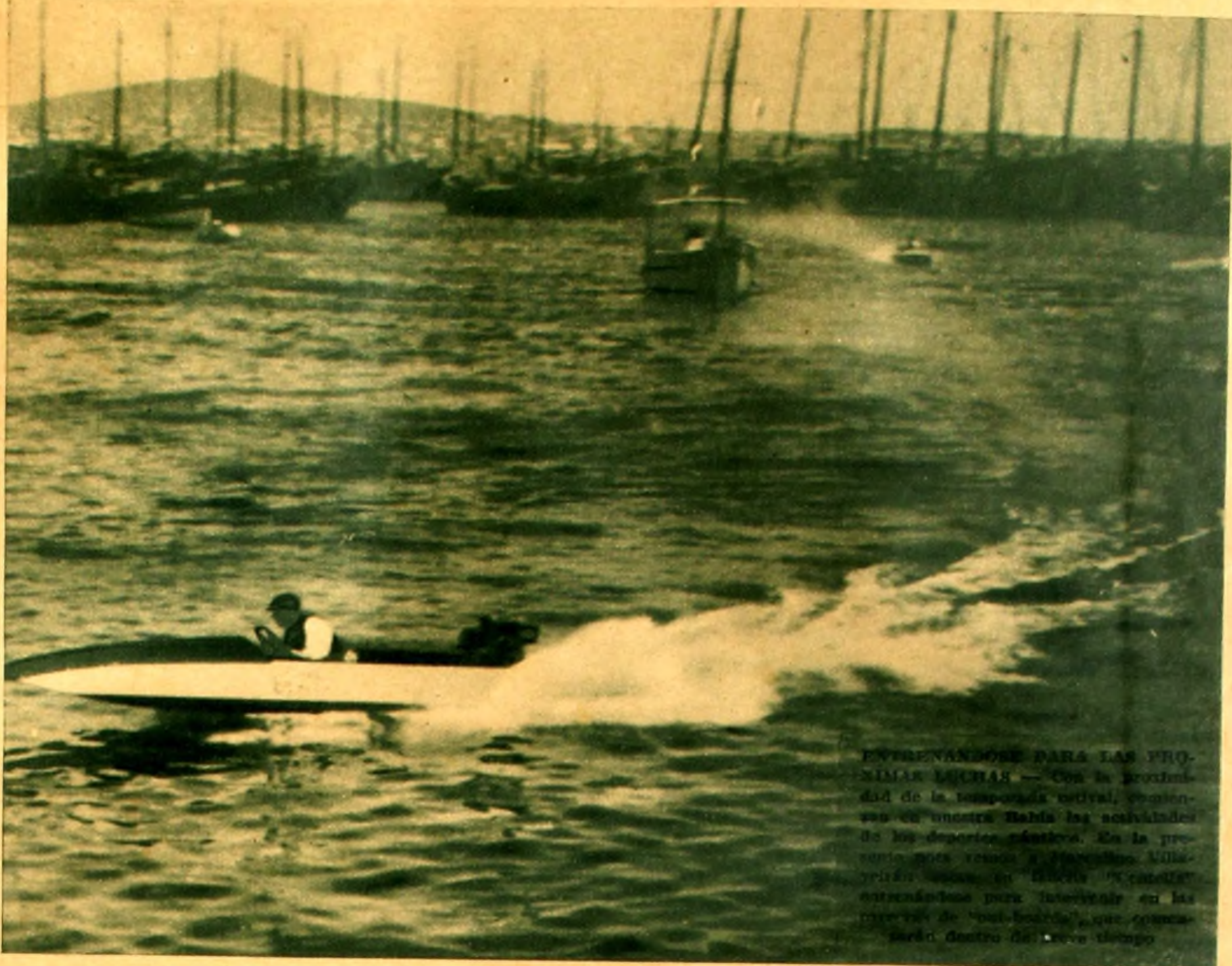
—Amigo mío — contestó la interrogada, — creo que tengo derecho a descansar, en mi casa de Nueva York, de esta vida de aventuras y emociones fuertes. Además, ya hemos reunido bastantes temas para los escritores y cronistas que vienen con nosotros y bastantes asuntos para la murmuración de los que allá nos aguardan.

—Pero lo más interesante del viaje — afirmó rotundamente el escritor que había hablado antes — ha sido este episodio de la señora Edwin convertida en sirena...

—¡Quién lo hubiera presenciado! — volvió a lamentar el pretendiente a tercer esposo de la señora Edwin.

—¡Oh! — musitó ésta, como siguiendo mentalmente una ilusión imposible. — Lo que yo quisiera, y por lo que daría años de vida, es oir a los mismos marineros contar la aventura, y saber qué recuerdo, dulce o amargo, conservan de mí .. ¡Pero no podrá ser!...

Todavía, aunque hacia un viento favorable, la barca de los pescadores permaneció tres días más anclada en aquel sitio, esperando inútilmente que la Sirena volviera a presentarse.



ENTRENANDOSE PARA LAS PROXIMAS LUCHAS — Con la proximidad de la temporada estival, comienzan en nuestra Bahía las actividades de los deportes náuticos. En la presente nota vemos a [illegible] Villagrán [illegible] "Canelita" entrenándose para intervenir en las carreras de "out-boards" que comenzarán dentro de breve tiempo

Los niños y los viejos, etc.

(*Viene de la pág. 6*).

los jardines. Su fracaso sentimental, diluido al calor del afecto insospechado. Están otra vez, o por primera vez, **en casa**... Y a falta de manecitas inquietas que escarben las nevadas barbas, y de boquitas inocentes que reclamen el cuento clásico de las amorosas veladas, sienten que otras manos cordiales ayudan su paso difícil y que otras bocas les piden también un cuento: el cuento de aquellos tiempos en que "eran mozos"... Todo parece distinto, y sin embargo, nada tan igual!

Cuando salimos, una viejecita centenaria, tan pequeña y tan leve que dijérase la expresión física de la vibración de un cristal, nos hace "adiós" con el pañuelo, que tiembla menos que la mano sarmentosa. Y un acordeón parece cantar con voz lejana, la nostalgia de un marino que ya no podrá levar anclas jamás...



PUERTA DEL TESORO del Banco de la República, en los sótanos de su edificio, abierto a la curiosidad del público que contempló las sacas y pilas de oro, realidad visible, pero no tangible



EL AMULETO DEL AMOR

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



























Impreso en los talleres de huecograbado
de la Empresa de EL DIA